

LOS ÁNGELES.

Pbro. Juan Debesa Castro
Licenciado en Historia y en Teología Dogmática por
la Pontificia Universidad Católica de Chile.

LA ANGELOGÍA BÍBLICA.

EL ANTÍGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO.

No se puede buscar en el AT una “angelología” totalmente acabada. El antiguo Israel no ha intentado en modo alguno elaborar un sistema dogmático con un capítulo propio sobre angelología. No se ha esforzado por definir con precisión la naturaleza de los ángeles y por declarar su esencia en relación con Dios y los hombres. El mundo de los ángeles, que se enriquece y diferencia en el transcurso del tiempo, sólo se articula jerárquicamente muy tarde. La angelología del AT es, por lo tanto, sólo una suma de fórmulas e imágenes sobre las relaciones, en las que Dios entra con los hombres por mediación de su o sus “mensajeros” sobrehumanos. No obstante, no se trata de un mero repertorio de métodos descriptivos. Los ángeles no son símbolos, sino objetos de la fe. Los antiguos israelitas creían que Dios se servía de los ángeles para dirigir el mundo y la historia, de los que él es Señor. Las más antiguas fuentes de la religión israelita atestiguan esta fe, y hay que considerarla como parte integrante originaria de la fe judía. No puede avanzarse más allá de las fuentes para fijar un “origen” de la fe en los ángeles. El historiador de la religión tiene que trazar los contenidos de la fe, pero también intentar explicarlos. Esto lo puede sólo en el contexto de las condiciones previas históricas y sociales bajo las que se han desarrollado. Y esa tentativa hay que realizarla aquí con respecto a la angelología israelita.

El AT juzgaba a los ángeles, o “seres próximos a Dios”, capaces de desobediencia orgullosa; es decir, en cuanto que los ángeles, no obstante su dependencia de Dios, poseen tanta libertad, que pueden escoger la fidelidad y el servicio o la insensata insurrección, exactamente como también los poderes terrenos resisten al Señor, su jefe legítimo. Para los antiguos israelitas había poderes que sobresalían sobre el hombre, pero justamente de modo que éste debía escoger entre dos caminos: entre la sumisión, el servicio y la vida, o el desenfreno, la insurrección y la ruina. De esta forma se incorpora la angelología en la religión israelita, cuya estructura fundamental nunca se modificó por aportaciones desde fuera. El influjo iraní en la evolución de la angelología judía ha sido predominante, pero no se puede comparar a los ángeles del judaísmo con los “inmortales benéficos” del mazdeísmo. Como encarnaciones de las antiguas divinidades “funcionales” del paganismo iraní, los “arcángeles” zoroástricos son aspectos del único Dios, mientras que los ángeles judíos son criaturas del Señor.

Como del AT, vale también del NT el no contener una doctrina sistemática; es más, ni siquiera una propia doctrina acerca de los ángeles, demonios y otros seres semejantes. Las exposiciones descansan en gran parte sobre el fondo que ya había creado el judaísmo en sus escritos canónicos, y más aún en los llamados apócrifos y en la literatura análoga a éstos. Pero, sea cual fuere la procedencia de esas exposiciones, éstas tienen su puesto en la convicción fundamental del NT de que Dios ha enviado ya a Cristo y en él ha establecido ya, al menos en germen, el esperado reino de Dios. Los ángeles forman en el NT el “ejército celestial”, los soldados o combatientes de Dios. Muchos ángeles están a su disposición. Podía enviar a su Hijo en el acto “más de doce legiones de ángeles” para librarlo de la pasión. (cf. Lc 2,13; Mt 26,53; Ap 19,14; 12,7).

Como conclusión debe hacerse resaltar que en las representaciones de ángeles del NT, y más todavía en su demonología, se contiene mucho que es concepción de la época antigua y hoy nos parece muy extraño. La cuestión de la interpretación urge aquí con especial fuerza; debe tenerse en cuenta la forma literaria de los textos, pero también ser conscientes de que la visión es con frecuencia teológica, y por esto ve operando espíritus celestes o diabólicos donde nosotros buscamos causas naturales. Sería equivocado querer construir con la Escritura algo así como una angelología o demonología bíblicas sistemáticas. Pero sus afirmaciones pueden ayudar a ver con qué poderes puede contar el hombre entre Dios y él, aún cuando sólo conozca poco sobre la peculiaridad y la actividad de ellos.

LOS PRIMEROS SIGLOS CRISTIANOS.

LOS PADRES APOSTÓLICOS (96-125 d.C.).

La mayoría de los Padres Apostólicos solamente hacen alusión a los ángeles. Estos están al servicio de Cristo y son más que los hombres. Así lo dicen Clemente de Roma, Ignacio de Antioquia, Policarpo de Esmirna, la Carta de Bernabé y el Pastor de Hermas.

LOS PADRES APOLOGÉTAS GRIEGOS DEL SIGLO II (125-190 d.C.).

Aquí los ángeles se consideraban creados libres para decidirse por el bien o por el mal. Fueron creados antes de los hombres. Mientras que unos conservaron la fe en Dios, otros apostataron. Así lo dicen Justino Mártir, Atenágoras, Eusebio de Cesarea y Taciano.

SAN IRENEO de LYON (140-202).

Es el primer padre de la Iglesia que presenta una doctrina redondeada de los ángeles y demonios. Antes de él apenas podemos encontrar algo más que alusiones accidentales sobre los ángeles. Ireneo se ocupa de ese mundo celeste y determina el puesto preciso de los seres espirituales en la revelación cristiana.

CLEMENTE de ALEJANDRÍA (150-215) y ORÍGENES (185-254).

Para Orígenes, los ángeles están subordinados entre sí. Dondequiera que exista la Iglesia de los hombres, allí está también la Iglesia de los ángeles. Cada diócesis es dirigida por dos obispos, un hombre y un ángel. Cada asamblea eclesiástica comprende también una parte celestial, formada por ángeles, los mensajeros de Dios, que habitan con nosotros, que rezan con los hombres y llevan sus oraciones al cielo. Sin embargo, los ángeles nunca dejan la presencia de Dios. Le siguen como una sombra. Su amistad con nosotros es una señal de nuestra relación con Dios. En este sentido, su cuidado de la Iglesia (custodios) es más importante que el de los apóstoles.

Clemente de Alejandría considera la “liturgia” de los ángeles “primogénitos” como única e indivisible. Estos seis ángeles recibieron juntamente su existencia y su

perfección. Juntos contemplan la faz (rostro, cara) del Padre, esto es, el Logos (el Verbo, Cristo).

Según Orígenes, todos los ángeles son diferentes unos de otros. Reciben su rango según su mérito. El mérito clasifica también la relación del hombre con ellos. Sin duda alguna, los ángeles están en todas partes. Ellos vigilan y cuidan la naturaleza. Cuando respiramos, festejamos con los ángeles del aire, etc.

La opinión de Orígenes sobre los ángeles custodios o de la guarda es muy dinámica. En lugar de estar fijados de una vez para siempre, los ángeles que asisten a la Iglesia y a los cristianos son sencillamente los que éstos merecen. Cuando crecemos en la perfección, son sustituidos por otros superiores. Cuando caemos muy profundamente, nos abandonan y se retiran. Si somos merecedores de la presencia de los ángeles buenos, nos asisten, nos inspiran buenos deseos y pensamientos, hablan al alma durante el sueño, etc.

A modo de conclusión, habría que decir hasta aquí que Ireneo había puesto especialmente de relieve la subordinación de los ángeles a Cristo. Orígenes acentuaba su carácter misterioso y su proximidad a los cristianos. Las certezas logradas entonces y el poderoso influjo espiritual de Orígenes, hicieron posible a la piedad cristiana contemplar los ángeles en todas partes donde la fe descubría su presencia. De hecho, la angelología de la edad de oro de la patrística (325-451) se presenta como un vuelo de altura, maravilloso y sin trabas, de la fe en la comunión con los santos ángeles.

LA EDAD de ORO de la PATRISTICA (325-451 d.C.).

SAN AGUSTÍN (354-430 d.C.).

Los últimos años del siglo IV y la primera mitad del V fueron testigos de una creciente precisión en la angelología. Agustín también presta su contribución a esta creciente precisión de la angelología. El libro cuarto del *De Genesi ad litteram* está dedicado en su mayor parte a un estudio sobre los ángeles. Agustín concentra su atención sobre el problema del modo del conocimiento de los ángeles. Los seis días de la creación eran para Agustín días angélicos. Un día angélico se extiende por todo el decurso de las distintas maneras en que se efectúa el conocimiento de los ángeles. El conocimiento angélico es de triple especie, conforme a las tres partes del día: luz del día, de la tarde, de la mañana. La luz de cada uno de los seis días del Génesis origina “el conocimiento de la creación material en los santos ángeles y espíritus bienaventurados por la ciudad santa” (*De civ. Dei* XI 7). El conocimiento se equipara a la luz. Los ángeles fueron creados al crearse la luz en el segundo día. Fueron partícipes de la luz eterna del Verbo; ellos mismos son luz, aunque sólo en Dios, in Verbo (*De civ. Dei* XI 9). Este es uno de los ejes del pensamiento agustiniano. La luz designa al Verbo y a los ángeles en cuanto participan en su conocimiento. También designa a la creación del cosmos, a saber, en el lenguaje del conocimiento que tienen los ángeles de ella. La angelología agustiniana ha planteado de esta manera el problema de la iluminación. Agustín hizo pasar el centro de la teología de los ángeles al problema de su conocimiento. La angelología está ahora íntimamente ligada con un análisis del

conocimiento intelectual, del espíritu como poder intelectual de conocer a Dios. En este punto el gran doctor africano de la Iglesia se anticipó a la escolástica medioeval.

LA CONCEPCIÓN DE DIONISIO AREOPAGITA (comienzos del siglo VI).

El misterioso autor de las obras que llevan el nombre de Dionisio Areopagita, escribió al comienzo del siglo VI. Estuvo bajo el influjo de los anteriores Padres de la Iglesia y de neoplatónicos como Proclo; de esta manera proyectó una grandiosa visión del mundo supra-celestial. El mundo supra-celestial de la Santísima Trinidad se revela en la creación por irradiación. Primero ilumina las jerarquías celestes de las criaturas celestes, y luego la jerarquía de la Iglesia aquí en la tierra. En la visión dionisiaca del mundo ocupan de este modo los seres celestiales, que llamamos ángeles, una posición media entre la teología misma, como la vida de Dios, y la Iglesia como la realización de la teología en la tierra. Dionisio dedicó a aquella un libro propio, La jerarquía celeste, que fue importante para la imagen cristiana del mundo.

En el lenguaje dionisiaco “jerarquía” es un orden santo, un conocimiento y un acto que se acerca lo más posible a la forma divina y cuya imitación de Dios crece en relación al modo como reciben las iluminaciones divinas.

El principio de la jerarquía angélica se deriva de una visión trinitaria. Según Dionisio, la jerarquía de los ángeles no es ya una lista de nombres misteriosos: potestades, dominaciones, tronos, poderes, etc. Cada uno de estos órdenes recibe un puesto específico y una función dentro de la totalidad de las multitudes angélicas. Pertenece a la naturaleza de la jerarquía, el que las categorías superiores poseen toda la perfección de las inferiores. En esto radica la razón de por qué el término “ángel”, que sólo corresponde a los ínfimos, sea también verdadero para los supremos y, en general, se emplee para toda la jerarquía.

Dionisio divide la jerarquía celeste en tres órdenes, compuesto cada uno por tres coros:

Primer Orden, el Supremo: SERAFINES, QUERUBINES y TRONOS.

Segundo Orden, el Medio: DOMINACIONES, FUERZAS y POTESTADES.

Tercer Orden, el Inferior: PODERES, ARCÁNGELES y ÁNGELES.

El concepto dionisiaco de iluminación constituye el centro de esta angelología. Conocimiento significa participación en la luz de Dios. Esta participación es inmediata en las primeras categorías de los ángeles; llega a las categorías ínfimas por la mediación de las supremas. Bajando de jerarquía a jerarquía, le alcanzan, finalmente, los hombres. Este movimiento descendente lleva consigo otro ascendente. Las categorías ínfimas se elevan a las supremas por purificación, iluminación y unión. Estas forman los “actos jerárquicos” de la tradición espiritual dionisiaca.

En el campo de la angelología termina la alta patrística en Oriente con Dionisio, y con Agustín en África. Ambos introdujeron nuevos elementos en las especulaciones angelológicas. Ambos debían ejercer gran influjo sobre la Edad Media.

LOS PADRES LATINOS (siglos VI al VIII).

Los últimos Padres de la Iglesia del mundo de habla latina no presentaron una contribución especial a la doctrina de la Iglesia acerca de los ángeles. Con Agustín había alcanzado el Occidente el apogeo de su desarrollo teológico en la doctrina de los ángeles. En suma, en la angelología el período de su formación tocó a su fin. La concepción agustiniana siguió siendo, en Occidente, el culmen de la angelología, mientras en Oriente prevalecía la contemplación dionisiaca.

Los grandes nombres de la patología latina desde el siglo VI al VIII no hicieron mucho más que repetir lo que ya se había enseñado antes de ellos. Así lo hicieron en sus Homilías y Sermones, el papa León Magno, Juan Casiano, el papa Gregorio Magno, Isidoro de Sevilla, Gregorio de Tours y San Beda el Venerable.

SAN GREGORIO MAGNO (540-604).

En una de sus Homilías sobre los Evangelios, Gregorio Magno dice “que el nombre de “ángel” designa la función, no el ser, del que lo lleva. En efecto, aquellos santos espíritus de la patria celestial son siempre espíritus, pero no siempre pueden ser llamados ángeles, ya que solamente lo son cuando ejercen su oficio de mensajeros. Los que transmiten mensajes de menor importancia se llaman ángeles, los que anuncian cosas de gran trascendencia se llaman arcángeles. Por eso a la Virgen María le fue enviado el arcángel Gabriel, ya que un mensaje de tal trascendencia requería que fuese transmitido por un ángel de la máxima categoría. Por la misma razón se les atribuyen también nombres personales, que designan cuál es su actuación propia. A través de estos nombres conocemos cuál es la misión específica para la cual nos son enviados. Y, así, “Miguel” significa: “¿Quién como Dios?”, “Gabriel” significa: “Fortaleza de Dios” y “Rafael” significa: “Medicina de Dios”. Por esto, cuando se trata de alguna misión que requiera un poder especial, es enviado Miguel para hacer lo que sólo Dios puede hacer, a María le fue enviado Gabriel porque venía a anunciar a aquel que había de reducir a los Principados y Potestades, y Rafael para curar a Tobías de su ceguera”.

LA EDAD MEDIA LATINA ANTES DEL SIGLO XIII (siglos IX AL XII).

El imperio de Carlomagno vio el comienzo de un movimiento sumamente poderoso. Las obras de Dionisio, particularmente su Jerarquía celeste, se introdujeron en el mundo latino por iniciativa de los sabios que rodeaban a Carlomagno. En 860, Juan Escoto Eriúgena hizo una traducción de la obra de Dionisio y entre 863 y 870 escribió Comentarios a las Jerarquías.

El impulso dionisiaco, transmitido e interpretado por Juan Escoto Eriúgena, abrió todavía a la angelología medieval una posibilidad ulterior de evolución. Junto con una fe ciertamente ortodoxa, Juan Escoto fue partidario de una filosofía y teología atrevidas del universo.

Hugo de San Víctor distinguió cuidadosamente entre “las causas originarias, invisibles e increadas de todo lo que será creado, las cuales están presentes en el espíritu de Dios, y la naturaleza angélica, que es invisible, pero creada”. Esto era un paso en la verdadera dirección de un análisis del concepto de espíritu creado, tarea de los grandes escolásticos.

A pesar de todo, continuaba la tradición de fervorosos sermones sobre los ángeles. Como ejemplo de estos esfuerzos menos especulativos pueden citarse los sermones de Pedro Damiano y de Bernardo de Claraval (1091-1153). Ellos contienen bellos pasajes que expresan la veneración a los ángeles y describen su contemplación. Así, San Bernardo en su Sermón 12 sobre el Salmo 90 dice: “ Y, para que ninguno de los seres celestiales deje de tomar parte en la solicitud por nosotros, envías a los espíritus bienaventurados para que nos sirvan y nos ayuden, los constituyes nuestros guardianes, mandas que sean nuestros ayos. A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos. Estas palabras deben inspirarte una gran reverencia, deben infundirte una gran devoción y confianza. Reverencia por la presencia de los ángeles, devoción por su benevolencia, confianza por su custodia. Porque ellos están presentes junto a ti, y lo están para tu bien. Están presentes para protegerte, lo están en beneficio tuyo y nos ayudan en nuestras necesidades. Un día hemos de participar con ellos de la misma herencia y que, mientras llega este día, el Padre los ha puesto junto a nosotros, a manera de tutores y administradores. Nada debemos temer en el largo camino por recorrer, bajo la custodia de unos guardianes tan eximios. Ellos, los que nos guardan en nuestros caminos, no pueden ser vencidos ni engañados, y menos aún pueden engañarnos. Son fieles, son prudentes, son poderosos. Basta con que los sigamos, con que estemos unidos a ellos, y viviremos así a la sombra del Omnipotente”.

EL CONCILIO IV de LETRÁN (1215).

Hizo este concilio una declaración que hasta el día de hoy continúa siendo el documento oficial más solemne de la Iglesia sobre los ángeles y los demonios (cf. Dz 800). Pueden afirmarse con autoridad las siguientes afirmaciones:

- 1) Las criaturas espirituales fueron creadas por la omnipotencia de Dios; la creación se opone, pues, a la emanación.
- 2) La creación comenzó en el tiempo, en oposición al concepto de una creación eterna.
- 3) Todas las criaturas fueron creadas buenas.
- 4) Algunas de ellas se hicieron malas por su propia acción.

Por su posición al comienzo del siglo XIII, el concilio IV de Letrán cierra el período anterior y reúne los esfuerzos mentales de los Padres y sus sucesores medievales, pues anota los ejes fundamentales de su angelología y abre el camino para las futuras síntesis de los grandes escolásticos.

LA SINTESIS ESCOLÁSTICA (siglos XIII al XV).

El siglo XIII poseía los presupuestos para desarrollar una síntesis teológica completa sobre los ángeles. El comentar las obras de Dionisio formaba parte de los ejercicios ordinarios en las universidades. Hacia 1248, Alberto Magno(1193-1280) se ocupó en París de comentar la Jerarquía celeste y de 1248 a 1252, en Colonia, de la restante obra dionisiana. Así, los comentarios a Dionisio formaron parte ya muy pronto de la tradición espiritual de los padres dominicos.

Las primeras Sumas anticiparon ya las obras de los grandes escolásticos, al reunir en grupos diversas cuestiones referentes a la angelología. Pedro Lombardo, en su Comentario a las Sentencias, dedicó 11 distinciones a los seres espirituales (II d. 1-11). Las Sentencias se hicieron poco a poco el libro de texto fundamental de las escuelas. Las investigaciones sobre los ángeles ocupaban en ellas un espacio considerable y estimulaban por eso a los maestros a comentarios extensos y particularizados.

SAN BUENAVENTURA, el “DOCTOR SERÁFICO” (1221-1274).

Todo ángel es creado por Dios ex nihilo, es decir, sin intervención de ninguna sustancia que existiera antes de él. Por esta razón es creado “muy semejante” a Dios, su único Creador. Esto explica los cuatro atributos de los ángeles:

1. La simplicidad de ser y la distinción numérica de los demás ángeles hacen a cada uno de ellos semejante a la unidad de la naturaleza divina.
2. Sus actividades espirituales, de acuerdo con las tres facultades (memoria, entendimiento, voluntad), los unen con la trinidad divina de las Personas.
3. La libertad de elección para lo bueno y lo malo les posibilita la unión con Dios en la realización de una aspiración que se elige tanto natural como libremente.
4. Su simplicidad nunca les permite vacilar; como son simples por naturaleza, las percepciones de su entendimiento son seguras; como reúnen en sí simplicidad y sutileza, su entendimiento es semejante al divino y sus decisiones, una vez tomadas, son irrevocables.

La angelología de Buenaventura abre una visión sorprendente de la relación entre hombres y ángeles. En la vida futura, los hombres compartirán la compañía de los coros angélicos, para la que están habilitados por su elevación espiritual. En esta vida todos los ángeles, incluso los querubines y serafines, ayudan a los hombres. Sólo los inferiores de ellos pueden llegar a nosotros directamente. La trilogía inferior de las dominaciones, arcángeles y ángeles nos proporciona el calor vivificante y la luz espiritual, que nos es enviada por los órdenes supremos. Los ángeles de la guarda tienen la misión especial de velar por los hombres particulares. Cumplen doce cometidos:

- reprenden a los hombres por sus faltas,
- los absuelven del pecado,
- los protegen,

- expulsan los demonios,
- instruyen,
- revelan los misterios de Dios,
- consuelan,
- son compañeros de camino,
- someten a nuestros enemigos,
- templan las tentaciones,
- oran y,
- llevan nuestras oraciones ante Dios.

La angelología de San Buenaventura se funda en alto grado sobre el particular impulso franciscano en la mística y la teología. Buenaventura ofrece una interpretación teológica de la experiencia franciscana. No podía pasar por alto que San Francisco se encontró con un serafín alado en la soledad del monte Alverno. El serafín se apareció en la figura del Crucificado. “La aparición estaba llena de misterios” (Coll. In Hex. XXII 23). La presencia de los ángeles en la vida espiritual y su comunicación de los misterios de Cristo a los hombres no es el más pequeño de los misterios.

SANTO TOMÁS de AQUINO, el “DOCTOR ANGÉLICO” (1224-1274).

Santo Tomás prefiere la opinión de que en los ángeles no se da “materia” alguna y cada ángel constituye una especie propia. Estas opiniones, no obstante, son sólo conclusiones lógicas de anteriores interpretaciones filosóficas. Con todo, las implicaciones filosóficas parecen haber sido interesantes para la angelología de Tomás. Sin embargo, hace una reflexión teológica sobre los ángeles cuando compone un comentario a la Jerarquía celeste de Dionisio.

Buenaventura parte de la teología y está intensamente matizado por su interés y sus opiniones sobre la mística cristiana como una participación en la vida de los ángeles. Tomás no está lejos de esto, los ángeles sólo debían ser objeto de una investigación en cuanto pertenecen al objeto material de la teología, y en el tomismo este objeto material es Dios mismo. De esta forma, la angelología se convierte en un estudio de los dones prodigiosos de Dios a sus criaturas, en una consideración de la “sabiduría creada” de Dios¹. Ya no es una mera consideración de seres misteriosos. Los ángeles han recibido de Dios ser y espíritu. El concepto de espíritu creado se realiza en ellos del modo más perfecto. La historia del siglo XIII conoce la difusión del aristotelismo en las universidades.

Los Ángeles como seres espirituales.

Tomás se ocupa en la teología del ser divino; en la filosofía, de la metafísica del ser. De aquí se deduce ya el carácter de su angelología: ésta es un intento de determinar la esencia del ser angélico. Los ángeles para Tomás, son seres creados, mas puramente espirituales. Excluye de la naturaleza de los ángeles no sólo la corporeidad, sino también la composición de materia. Los ángeles son “formas separadas”, “sustancias separadas”. Como la materia es la causa de la corrupción, los ángeles, como puras

¹ De Trinitate q.3 a.4 ad 9.

formas, son inmortales por naturaleza. Como la materia es el principio de la individuación, tampoco son los ángeles individuos; cada uno de ellos forma una especie propia.

Los ángeles son formas espirituales; sus facultades son puramente espirituales: entendimiento y voluntad. Mientras el entendimiento del hombre está orientado hacia el ser en cuanto ser abstraído de la materia, el entendimiento de los ángeles está ordenado al ser inmaterial. Los ángeles no pueden percibir directamente objetos particulares y concretos. Su conocimiento no recorre, como en el hombre, el doble proceso cognoscitivo, que Tomás llama pasivo y activo. Por esto el conocimiento de los ángeles no puede, como el del hombre, progresar por conclusión lógica. Crece solamente por la adquisición de ulteriores imágenes representativas, por una nueva revelación de Dios, o también por la iluminación con que los ángeles superiores transmiten a los inferiores un poco de su ciencia.

La voluntad de los ángeles imita al entendimiento que le corresponde. Está dirigida a “todo bien” en cuanto es conocido por los ángeles. El conocimiento natural de Dios por los ángeles está limitado a las imágenes representativas que Dios ha puesto en ellos. La voluntad es ilimitada por naturaleza: puede amar a Dios sobre todas las cosas. Por esto el pecado angélico encierra el pleno conocimiento de Dios de que era capaz el ángel y su pleno consentimiento. Todo su saber y querer participan en su primera elección de lo bueno o de lo malo. Un pecado angélico nunca puede ser venial. Los ángeles se determinan para toda la eternidad por su primera decisión del bien o del mal.

De esta forma, Tomás establece una diferencia fundamental entre hombres y ángeles en las zonas del ser y del conocimiento, señalando que las relaciones entre hombres y ángeles se reducen a un mínimo. Esta tendencia se opone a Buenaventura, que multiplicó las relaciones recíprocas entre ángeles y hombres, como se ha señalado ya.

Los ángeles como seres con la gracia.

Buenaventura subordina toda la vida de los ángeles al Verbo; de éste reciben su iluminación. Tomás, en cambio, mira a las mutuas relaciones entre los ángeles y Cristo. La creación de los ángeles por las tres personas no representa problema alguno. Pero la iluminación es una parte del acto creador. Según el Aquinate, las tres personas participan tanto en la iluminación como en la creación. Por esto los ángeles no tienen una conexión especial con la segunda persona, ni la encarnación fue para los ángeles más que un valor accidental. Cristo hecho carne es realmente cabeza de los ángeles, pero sólo porque también es Dios. Su encarnación aumentó la gloria de los ángeles sólo porque les ofreció la ocasión de cumplir su destino como auxiliares del Cuerpo místico. No se les reveló nada nuevo, pues la encarnación se les manifestó ya en su propia creación.

Respecto a las jerarquías, Tomás sigue a Dionisio. Las jerarquías se determinan ahora según su más o menos completa universalidad en la respectiva capacidad de conocimiento; cuanto más amplio el conocimiento del ángel, tanto es superior la jerarquía. Los ángeles están mutuamente relacionados. Los ángeles superiores ayudan a los inferiores a comprender muchas cosas de las que ellos mismos han percibido de Dios. Tomás sube a cinco los órdenes angélicos que tienen que ver directamente con este mundo: poderes, potestades, virtudes, arcángeles y ángeles tienen que cumplir misiones en este mundo. Los ángeles de la guarda forman el orden ínfimo. Estos pueden

iluminar nuestro entendimiento y nuestro espíritu, comunicando conceptos a nuestro entendimiento. Con todo, éstos deben ser ofrecidos en forma abstracta para que sean apropiados a la manera abstractiva de nuestro conocer.

Resumiendo, puede decirse que la importancia de Santo Tomás de Aquino en la angelología consistió en que defendió la doctrina tradicional contra el ataque de opiniones filosóficas. Cuidó de que los ángeles cristianos no quedaran absorbidos sencillamente por las “sustancias separadas” del filósofo árabe Averroes y sus sucesores medievales. Por esto determinó Tomás la subordinación de los ángeles a Dios y su distancia del hombre en el terreno del ser y del conocer.

LA EDAD MEDIA TARDÍA (siglos XIV al XV).

En el siglo XIV entró la teología en un estadio en que el criticismo hizo retroceder la construcción especulativa y la evolución histórica con un doble resultado: en primer lugar, las síntesis del siglo XIII fueron despojadas de sus elementos más filosóficos. El núcleo de la fe fue así desprendido de una serie de opiniones teológicas que Tomás y otros habían mantenido. Pero entonces la teología misma dio entrada a una filosofía crítica, que alcanzó su punto culminante con el franciscano Guillermo de Ockham (1300-1349).

Con el final de la escolástica cesó de ser la angelología un campo del esfuerzo teológico. En el futuro permaneció ligada a los razonamientos de los grandes escolásticos. La síntesis de Tomás consiguió un partido mayor que la de Duns Escoto (1266-1308)². Así, los estudios tomistas determinan la angelología de la mayoría de los teólogos siguientes.

EL FINAL de la ESCOLÁSTICA (siglo XVI).

La época de la Reforma no era propicia para una reflexión sobre los ángeles. No obstante, hubo intentos de una ulterior elaboración de conceptos angelológicos. Durante el siglo XV, teólogos orientados más o menos por Escoto, propusieron una nueva teoría sobre el pecado de Satanás. Tomás había caracterizado el pecado de los ángeles como orgullo, como una especie de voluntad de ser igual a Dios. Según Duns Escoto, consistió en un deseo desmesurado de felicidad, en una forma espiritual del placer. Otra cosa pasa ahora al primer plano. Cuando se reveló la encarnación a los ángeles, Lucifer (luz de fuego), el superior de todos, debió de haber pensado que era él con quien el Verbo de Dios se uniría hipostáticamente. Su sublevación no consistió en rechazar la idea de la encarnación, sino más bien en la decepción de que ésta debía verificarse entre los hombres y no entre los ángeles, de que un Cristo humano realizaría lo que él soñó por su propia cooperación en una unión sustancial con el Verbo de Dios.

² Los ángeles de Duns Escoto están mucho más cercanos a los hombres que los de Santo Tomás. El conocimiento de los ángeles es progresivo. Se sirve de sus percepciones como punto de partida de una conclusión. Por lo tanto, no puede descubrirse una diferencia específica entre ángeles y almas en cuanto al modo de sus facultades espirituales. La verdadera diferencia está en que el alma necesita su cuerpo para formar una sustancia completa, mientras que el ángel se basta a sí mismo en este punto.

LA SÍNTESES DE FRANCISCO SUÁREZ (1548-1617).

La última gran síntesis de una angelología se la debemos precisamente al teólogo jesuita Francisco Suárez (1548-1617). Su obra sobre los ángeles³ no es sólo la más extensa que se ha escrito; ofrece también la ventaja de ser una especie de examen comparativo entre el sistema tomista y el escotista. Vista en conjunto, su visión de los ángeles está más bien en la línea escotista.

Según Suárez, los ángeles pueden relacionar ideas e intuir las cosas. Como el hombre, están expuestos a errores y equivocaciones. Los ángeles fueron creados en estado de gracia santificante. Como el hombre mismo, fueron “peregrinos” [viatores] por corto tiempo. Mientras vivieron en la fe, fueron preparados para una eventual tentación y para la decisión definitiva que debía sellar su destino eterno. Dios les reveló el misterio de la encarnación, y los ángeles tomaron posición a favor de Cristo o contra él. Este era para todos, para los buenos y para los malos, un punto irreversible.

En un punto va Suárez más allá de sus predecesores. La existencia de varias jerarquías angélicas es, según él, objeto de fe, no sólo una opinión teológica general. El reconocimiento universal de esta opinión es tan impresionante, que Suárez ve en ello implicada la autoridad de la Iglesia. Los nombres de los nueve coros posiblemente sólo describen aspectos diferentes de los mismos ángeles. A los ángeles de la guarda les atribuye un papel positivo, que se deriva más de Buenaventura que de Tomás o Duns Escoto. En cambio, las “iluminaciones” de unos ángeles por otros se reducen al mínimo. Los ángeles hablan por comunicación de imágenes representativas, de especies inteligibles. Pero esto no es una iluminación. Sólo puede hablarse de iluminación cuando una nueva luz emana de Dios mismo. Dios es, en cualquier caso, el iluminador original.

Con la síntesis suareciana termina el período de la elaboración de la angelología entre los teólogos católicos. Hubo después investigaciones históricas; su modelo es la obra magistral *De angelis* del historiador de los dogmas Denis Petau, S. I. (+ 1652). Intentan sustituir la especulación por una visión histórica de las especulaciones pasadas acerca de los ángeles. Los estudios especulativos sobre los ángeles y demonios continúan en forma de comentarios a los grandes escolásticos, a Buenaventura, Tomás y Duns Escoto. De todas formas, la síntesis tomista sobrevivió a las otras, y una serie de destacados teólogos la amplió. Pero en la medida que sólo explicaban a Tomás, no valen en una historia de la angelología. Los libros de texto, los manuales, las monografías, resumían los grandes sistemas medievales. Contribuyeron a la supervivencia de la angelología como un sistema de tesis y, coincidiendo con esto, a la merma de su importancia como una reflexión vivida de realidades de la fe. A este punto hemos llegado hoy en esta materia.

³ Suárez (*De angelis*).

RESUMEN Y PERSPECTIVAS FINALES.

Se entiende que la fe en la existencia de ángeles buenos y malos es parte de la dogmática católica. Esta fe está contenida en la Sagrada Escritura, es declarada por concilios ecuménicos, confirmada por el acuerdo unánime de los Padres y enseñada por todos los teólogos. La formulación oficial de este dogma se encuentra todavía hoy donde se encontraba en el Concilio IV de Letrán de 1215. En 1870 el concilio Vaticano I confirmó la definición del Lateranense al repetirla en su solemne Constitutio de fide católica: “Este solo Dios verdadero..., con un decreto libérrimo, juntamente, al principio del tiempo, hizo de la nada ambas criaturas, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; y después la (criatura) humana, como común (a ambas), constituida de alma y de cuerpo”. (Dz 3002).

También el concilio Vaticano I se refirió a otros temas relacionados con la emanación, la evolución y a la creación de la nada y libremente de las criaturas materiales y espirituales (cf. Dz 3022-3025).

La penetración teológica de la fe en los ángeles y demonios no ha realizado ya progreso alguno desde el final de la escolástica. Esto puede ser debido a que la importancia de la angelología para los problemas modernos no es demasiado grande. Los teólogos han dirigido su atención a cuestiones más apremiantes que las de los ángeles y demonios. Sin embargo, así como esto es comprensible, así también encierra un peligro: el espíritu naturalista y racionalista de la Edad Moderna podía introducirse, si no en la teología como tal, tal vez sí en la conducta de los fieles. Varios concilios provinciales habían sentido ya, en el transcurso del siglo XIX, la necesidad de indicar al pueblo una mayor veneración hacia los ángeles, y particularmente hacia el ángel de la guarda.

La angelología no constituye ya un tratado mayor en nuestros sistemas o cursos teológicos. De igual manera, la importancia de los ángeles en la vida católica se redujo en su proporción. Suelen alegarse especialmente tres razones más importantes de esto:

- 1) La distanciamiento entre los laicos y una liturgia que se celebró en un lenguaje sacral ha oscurecido la presencia familiar de los ángeles contenida en los textos litúrgicos.
- 2) La introducción del espíritu moderno ha permitido también desarrollarse un escepticismo en aquellos puntos de la especulación angelológica que no pertenecen a la revelación propiamente dicha.
- 3) Finalmente, María ocupó paulatinamente un lugar en la piedad popular que antes estaba reservado a los ángeles.

La renovación litúrgica, que ha empezado universalmente gracias al concilio Vaticano II, puede acaso realizar de nuevo un cierto aprecio de la piedad para con los ángeles; por el empleo de la lengua materna se facilita el acceso al puesto de los ángeles en la liturgia. Además ocurre que el Vaticano II afirma decididamente y confirma de nuevo la doctrina presentada por el Magisterio anterior; pero, al mismo tiempo, gracias a una fuerte acentuación cristológica, arranca a la angelología del peligro de una injustificada independencia (y falsificación).

Asimismo, impulsos para un nuevo interés por los ángeles pueden nacer del actual afán por dominar las dimensiones cósmicas de un universo que se expande, así como del deseo de una comunicación espiritual universal. Ambos principios son recogidos por el concilio Vaticano II en sus esfuerzos por el diálogo con el mundo, mientras el concilio asocia expresamente a los ángeles en la extensa familia de Dios y en el proceso de salvación que se realiza cósmico-universalmente en Cristo. Sin embargo, el concilio no pasa de meras constataciones. Pero queda la esperanza de que de los aspectos mencionados pueda despertarse nuevamente en nuestro siglo un interés por los ángeles que interprete la tradición y progrese teológicamente. Esto ha querido ser este aporte para el Colegio Seminario Pontificio Menor de los Santos Ángeles Custodios⁴.

⁴ En 1611 se mandó confeccionar una imagen del Santo Ángel de la Guarda, patrono del Seminario. Ya se puede decir que el “Seminario Conciliar del Santo Ángel”, así empieza a llamársele, comienza a celebrar a su Santo Ángel Patrono los días 2 de Octubre, a partir de 1615. En 1837 durante el obispado de Manuel Vicuña Larraín (1832-1843), el Seminario ya se llama de los Santos Ángeles y funciona en la calle del Sauce (Riquelme). En 1853, el Rector don Joaquín Larraín Gandarillas transforma el Seminario Conciliar de los Santos Ángeles Custodios de Santiago en un moderno y prestigioso centro de formación sacerdotal. El 15 de Agosto de 1929 la Santa Sede reconoce la extraordinaria labor del Seminario de Santiago y le concede el título de Pontificio. En 1961 el Seminario Menor es transformado desde su antigua estructura y objetivo, a lo que actualmente es. Su primer Rector fue el Padre Roberto Bolton García (1961-1968), lo sucedió el Padre Julio Dutilh Ros (1968-1982), luego vino el rectorado del Padre Miguel Ortega Riquelme (1982-1990), el del Padre José Antonio Rodríguez Hernández (1990-2005) y el actual Sr. Ricardo Yévenes Morales.

BIBLIOGRAFIA.

TAVARD, Georges con la colaboración de CAQUOT, André y MICHL, Johann. LOS ÁNGELES. En HISTORIA DE LOS DOGMAS dirigida por Michael SCHMAUS, Alois GRILLMEIER y Leo SCHEFFCZYK. BIBLIOTECA de AUTORES CRISTIANOS. ENCICLOPEDIAS. MADRID 1973.

VELASCO, Juan Martin; BUSTO SAIZ, José Ramón; PIKAZA IBARRONDO, Xabier. ÁNGELES Y DEMONIOS EN LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES Y EN EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO. CURSO de ESCATOLOGÍA. FUNDACION SANTA MARÍA. MADRID 1984.

JUAN PABLO II. LOS ÁNGELES. CATEQUESIS del PAPA desde el 9 de JULIO de 1986 al 20 de AGOSTO de 1986 en L'OSSERVATORE ROMANO, edición semanal en lengua española, año 1986.